



5. Miguel Romero (1945-2014), revolucionario irreductible

De la España del siglo XIX a la Revolución y la Guerra Civil

Jaime Pastor

“La izquierda revolucionaria no acostumbra a interesarse demasiado por los debates históricos. Esto se debe quizás a la atracción que ejercen los grandes acontecimientos actuales y al hecho de que el razonamiento analógico arroje poca luz sobre ellos. Aun compartiendo este punto de vista, creo que la historia sigue siendo un campo de batalla ideológico —las ideologías burguesas modernas se fundan en manipulaciones ideológicas colosales, en particular en lo que a movimientos populares revolucionarios se refiere— y de formación política, dado que esperamos de ella lo que legítimamente puede aportar: una comprensión del pasado”.

Miguel Romero (2006, p. 7)

Como se puede comprobar en estos párrafos introductorios, el Moro fue un firme defensor de la necesidad de estudiar la historia, convencido de que había que extraer enseñanzas de los principales acontecimientos del pasado para aprender y analizar cómo se comportaron las distintas fuerzas políticas y sociales en ellos, evitando, eso sí, las analogías aparentemente fáciles. Su excelente estudio de La Comuna de París de 1871 y de las reflexiones que hiciera Marx al respecto (Romero, 2011) es paradigmático de esa preocupación, principalmente centrada en cómo se planteaba la cuestión del poder pero también en los problemas de fondo y tácticos que fueron surgiendo en el transcurso de un proceso en el que llegaron a confluir “las dos hélices” —el marxismo y el anarquismo— del ADN del movimiento obrero, al igual que ocurriría luego en la Comuna asturiana, como bien resaltaba Miguel.

En el caso español, ese interés se materializó en algunos textos relevantes, reflejo solo limitado de las referencias que hacía en los debates en los que participaba y en las muchas charlas que dio sobre cuestiones

controvertidas de nuestra historia. Trataré de resaltar en este artículo las aportaciones que considero de mayor interés.

En el número 73 de la edición en castellano de *Inprecor*, aparecido en diciembre de 1989, publicó un estudio titulado “La revolución burguesa en España”, a continuación de otro más general de Robert Lochhead. Este último ofrecía un análisis de los debates y críticas que había suscitado en el ámbito de la historiografía el esquema explicativo que de esas “revoluciones” emplearon Marx y Engels, reconociendo que al respecto no habían llegado a ofrecer un “cuerpo de doctrina científica sobre el particular, a diferencia por ejemplo de la economía política” (Lochhead, 1989, p. XIII). De su estudio comparado de distintos procesos a lo largo del siglo XIX deducía Lochhead que:

se debería caracterizar el papel de la burguesía como reformista. Lo que una mayoría determinante en su seno había llegado a desear era acuerdos limitados, una cierta forma de monarquía constitucional, la “carrera abierta al talento” y ya no al nacimiento, liberalizaciones de mercados, una racionalización de las leyes y de ciertas instituciones estatales, derecho de voto, ampliado tal vez, pero estrictamente censal. Fue desbordada por la explosión campesina y plebeya, que no deseaba ni digeriría. Y en la tormenta, como todo el mundo, improvisó (Lochhead, 1989, p. XIV).

Compartiendo en líneas generales ese enfoque, Miguel, en diálogo con distintos historiadores (Pierre Vilar, Tuñón de Lara, Fontana, Pérez Garzón...), se esfuerza por analizar las particularidades del proceso español. Para ello empieza con unas consideraciones sobre la “Guerra de la Independencia”: parte de la constatación del desmoronamiento del Estado absolutista y, con él, del inicio del fin del imperio hispanoamericano/¹ para analizar luego cómo en la resistencia a la ocupación napoleónica protagonizada por las Juntas y las guerrillas se mezclan en la “conciencia nacional” elementos tradicionales o liberales; en ese contexto emerge la obra, también contradictoria, de las Cortes de Cádiz, recordando al respecto la visión que ofreció Marx de la Constitución (“ideas sin actos”) y destacando la instauración de la Milicia Nacional por el papel relevante que jugará posteriormente.

Para el Moro el período clave para lo que será el “desamarre imprescindible, la componente económica original de la revolución burguesa” (Romero, 1989, p. XVII), es el que transcurre de 1834 a 1837, con la labor emprendida por Mendizábal mediante el establecimiento de la libertad de industria, la desamortización de los bienes de la Iglesia y la abolición de los señoríos, medida esta última que no obstante va acompañada del despojo a los campesinos. Los efectos de esas políticas han sido muy controvertidos y en estas cuestiones el

¹/A propósito de esto Miguel recuerda el análisis que hace José Carlos Mariátegui de las raíces económicas de las contradicciones entre los intereses de la incipiente burguesía criolla y los de las clases dirigentes del absolutismo español.

autor discrepa del punto de vista de Maurín cuando este afirmó que con la desamortización se había logrado “domesticar” a la Iglesia: “La Iglesia no fue ‘domesticada’. Sufrió un grave quebranto económico, pero conservó el papel de aglutinante de ‘las antiguas fuerzas dominantes desplazadas por los liberales’, en el control del aparato escolar que fue la ‘institución ideológica dominante’ en la construcción del estado burgués” (Romero, 1989, p. XX).

Luego seguirían 1843, 1856 —con la desamortización civil— o incluso 1859 —con la ley de minas—, como pasos adelante en un proceso en el que la gran burguesía agraria mantuvo su hegemonía y, en cambio, la burguesía industrial, principalmente catalana, se quedaría a medio camino. Habrá que esperar a 1868, comenta Miguel, para que se inicie una verdadera revolución democrática, la cual llegará a su punto álgido durante la Primera República para verse finalmente frustrada con la llegada de la Restauración borbónica.

Del análisis de toda esta etapa extrae la conclusión de que, pese a esa derrota, hubo

una “revolución burguesa” que liquidó el Estado absolutista y estableció las condiciones materiales básicas para el desarrollo del capitalismo. Esta revolución triunfó en alianza con las clases poseedoras del antiguo régimen y derrotando a su componente más progresista, radical y plebeya. Sin duda esto la lastró duramente y condicionó la crisis española de los siglos XIX y XX, hasta la misma guerra civil de 1936 (Romero, 1989, p. XIX).

Quizás aquí habría que resaltar más todavía la especificidad española, como también hizo Trotsky comparándola con el caso ruso, ya que en ambos la persistencia de piezas fundamentales del “antiguo régimen” fue mayor y de ahí las mayores tensiones que se irían produciendo entre la construcción del Estado y la de la nación española.

En ese trabajo Miguel analiza también la especificidad de la evolución de los conflictos sociales en Catalunya a mediados del siglo XIX:

En Catalunya las sucesivas Juntas tuvieron que ser disueltas particularmente en el 37, el 41 y el 43, en medio de crisis políticas gravísimas y con una violencia extrema, que condujo al bombardeo de Barcelona sucesivamente por Espartero y por Prim, con el apoyo de la burguesía catalana. Estos bombardeos pienso que son un buen símbolo de la revolución burguesa española, de sus contradicciones y sus miserias. Fueron obra de gobiernos liberales, contaron con el apoyo de la burguesía económicamente más avanzada del país y las bombas cayeron sobre la ciudad que simbolizaba el desarrollo industrial y sobre la gente, el pueblo que luchaba por realizar la revolución democrática (Romero, 1989, p. XX).

Revolución social y guerra civil

Con esa perspectiva histórica y después de haber dado unas charlas de formación sobre esas materias, Miguel publicó un trabajo titulado *La guerra civil española en Euskadi y Catalunya: Contrastes y convergencias*, convencido de que ese conflicto “fue un campo de pruebas para ideas, para estrategias políticas

y militares, para culturas —resumiendo, para las cuestiones fundamentales de la época—” (Romero, 2006, p. 7). Su centro de interés estaba en analizar en ese proceso cómo se puso en primer plano “la cuestión del poder” y cómo se resolvió.

Después de unas pinceladas sobre la España de los años 30 (un país capitalista atrasado, todavía esencialmente agrario pero ya con un desarrollo industrial nada despreciable; una burguesía débil económica y políticamente, un Estado nación en crisis y un movimiento obrero que, cuando cayó la dictadura de Primo de Rivera, era, en expresión de Maurín, un gigante dormido), anticipa la tesis que desarrollará después: “En la guerra civil española Euskadi y Catalunya constituyeron dos caminos inicialmente muy separados, social y políticamente, que terminaron convergiendo en la derrota: la marcha juntos al exilio de Aguirre y Companys puede servir de símbolo de estas trayectorias” (Romero, 2006, p. 13).

Esas diferencias de partida se comprueban al ver los caminos dispares que recorren desde la proclamación de la República, con la recién creada Esquerra Republicana (ERC) como protagonista en Catalunya, mientras que en el País Vasco lo es el Partido Nacionalista Vasco (PNV). Octubre del 34 es, luego, un momento clave y a la vez frustrante tras el fracaso de las Alianzas Obreras en Catalunya (boicoteadas por la CNT), el limitado seguimiento de la Huelga General en Euskadi y en el resto del Estado, que dejó aislada a la Comuna asturiana frente a la represión del gobierno derechista. La reacción popular que se desencadena en los años siguientes irá canalizándose hacia el terreno electoral y las Alianzas Obreras se verán sustituidas por el Frente Popular. Los resultados de las elecciones de febrero del 36 le dan el triunfo y, a la vez, confirman la existencia de dos “centros de gravedad” muy diferentes: en Catalunya está “orientado claramente a la izquierda”, mientras que en Euskadi lo está “muy a la derecha”.

En ese marco de relaciones de fuerzas desiguales se desarrolla el proceso abierto en julio del 36, con una respuesta popular al “alzamiento” que, allí donde triunfa, va acompañada de un desmoronamiento general del régimen republicano. Eso es muy evidente en el caso catalán (“se estuvo al borde de una revolución”, escribe Miguel), mientras que en el vasco pesa más el control del PNV. En Catalunya se da “un doble poder, pero completamente asimétrico: el poder social y militarmente fuerte es políticamente débil; el social y militarmente débil es políticamente fuerte” (Romero, 2006, p. 41). Finalmente, como relata críticamente después sobre el comportamiento de los principales actores políticos y sociales, esa dualidad de poderes se resolvería a favor de quienes eran partidarios de reconstruir el viejo poder republicano y que iniciaron esa tarea a partir ya de octubre del 36.

El lema que presidiría esa reconstrucción sería el argumento falaz que quiso oponer “ganar la guerra” a la profundización de la revolución social. Miguel lo resume así:

Ganar la guerra” significaba fundamentalmente cuatro tareas: restablecer como única autoridad política a las instituciones republicanas; organizar un ejército regular bajo mando único; poner fin a la política de colectivizaciones, restringiendo las medidas de nacionalización a las consideradas imprescindibles para la conducción de la guerra; dar a la guerra misma la imagen de una lucha nacional-democrática contra el fascismo y buscar a partir de ella las alianzas internacionales necesarias (Romero, 2006, p. 50).

Esa línea sería la que acabaría imponiéndose en el campo republicano, como se sabe, con duras confrontaciones como las que culminan en las jornadas de mayo del 37 en Barcelona, también analizadas en ese trabajo. Luego, pese a los ejemplos contrarios de Madrid y Guadalajara, la resistencia contra el avance franquista se convierte en un asunto meramente militar, con la particularidad en el caso vasco de las controvertidas negociaciones del PNV con los fascistas italianos mediante el Pacto de Santoña.

Miguel recuerda también en ese trabajo algo que se ha tendido a dejar en el olvido en muchos relatos de la Guerra Civil, la cuestión marroquí: en septiembre de 1936 una delegación procedente de esa colonia intentó negociar en Barcelona y Madrid el reconocimiento de su independencia a cambio de promover una rebelión contra las tropas de Franco presentes en sus territorios, algo que, de haber culminado en un acuerdo, habría podido contribuir a cambiar el rumbo de la guerra.

La Comuna asturiana

Antes de entrar en sus reflexiones sobre la actuación del POUM, conviene detenerse en sus análisis sobre Octubre de 1934 tanto en un artículo publicado en *Inprecor* en noviembre de 1984 como en su “relectura autocrítica” de este veinticinco años después en *VIENTO SUR*. En el primero hace un relato pormenorizado de los procesos que llevan a la formación de las Alianzas Obreras en Catalunya y en Asturias, presentando estas últimas como ejemplo gracias al acuerdo alcanzado entre las dos grandes sindicales, la CNT y la UGT; también hace una caracterización muy crítica de la política del PSOE y de su incumplimiento de la promesa de constituir una Alianza Obrera a escala estatal, así como de los virajes del PCE y del papel activo de las pequeñas organizaciones del Bloque Obrero y Campesino (BOC) y de Izquierda Comunista de España (ICE).

Pese a su derrota final, Miguel concluía que:

(En Asturias) la realización efectiva del “frente único” permitió establecer un verdadero poder local, en el cual pudieron coexistir sin grandes problemas concepciones aparentemente antagónicas sobre el “modelo de sociedad”: entre el Comité de La Felguera, dirigido por los anarquistas, y el de Mieres, de dirección socialista, no hubo finalmente grandes diferencias prácticas. Claro que lo que hizo la Comuna asturiana fue destruir a nivel local el poder burgués, establecer un poder obrero de excepción, en condiciones de guerra, y resistir. No podía hacer más en aquellas condiciones (Romero, 2009a, p. 78).

Su relectura posterior matizaba algunas de esas consideraciones, sobre todo su “tono normativo” y “algunos juicios políticos sumarios”, pero también ampliaba sus comentarios respecto al papel de Largo Caballero (un “hombre de Estado” al fin y al cabo), a la CNT en Catalunya, al papel del PCE en Asturias (cómo a pesar de su actitud inicial sectaria llegaría a conectar con una juventud rebelde) y, sobre todo, a la mayor o menor importancia del frente único obrero, cuestión que, como se sabe, centró muchos de los debates dentro de la III Internacional y, luego, en la IV Internacional. En su opinión, “el balance de la práctica de la política de ‘frente único’ es solo una sucesión de errores ‘oportunistas’ o ‘izquierdistas’” (Romero, 2009b, p. 81); por eso, mirando al futuro, se mostraba muy escéptico respecto a esta política, al menos tal como se abordaba en nuestra corriente de procedencia.

Una última cuestión me parece relevante en ese artículo: su referencia a un artículo de Trotsky del verano del 34, en el que el revolucionario ruso proponía la lucha por una república catalana independiente, buscando así desbordar al gobierno de la Generalitat. A Miguel no le convenía ese consejo, ya que no veía en qué podía haber ayudado a resolver los problemas fundamentales de la revolución en aquel momento. Pienso que es posible que en este caso Trotsky sobreestimara la fuerza de la Alianza Obrera catalana, pero también conviene tener en cuenta que esa revuelta se estaba enfrentando a un gobierno central dispuesto, como ocurrió efectivamente, a negarle la precaria autonomía que se había alcanzado.

El “enigma Nin”

En el artículo que lleva este título, publicado también en *VIENTO SUR*, vemos ya una revisión más madurada y trabajada de las idas y vueltas que estaba dando en torno a la Revolución y la Guerra Civil española, esforzándose por adaptarla a las preocupaciones del momento. Por eso empezaba utilizando “expresiones actuales” para caracterizar los principales polos del conflicto que se dio en Catalunya desde julio de 1936 hasta mayo de 1937: el primero era la corriente libertaria, que “quería ‘cambiar el mundo sin tomar el poder’. Y fracasó”; el segundo era la corriente estalinista, que “quería ‘tomar el poder para no cambiar el mundo’. Y triunfó”; finalmente, el POUM, que “quería ‘tomar el poder para cambiar el mundo’. Y también fracasó” (Romero, 2007, p. 83).

Pasa luego a centrarse en cómo el POUM fue justificando la política desarrollada a lo largo de ese periodo. Para ello se centra en el tiempo que transcurre entre septiembre y diciembre de 1936, periodo en el que Andreu Nin forma parte del gobierno de la Generalitat. Miguel ve en esa etapa “una contradicción flagrante, por ejemplo, entre las declaraciones de Nin en su toma de posición (‘Vengo a legalizar lo que las masas han conquistado en la calle’) y su participación decisiva unas horas después en el desmantelamiento del Comité de Lleida que, sin duda, era considerado por el POUM, y era realmente, una ‘conquistista de las masas’” (Romero, 2007, p. 84).

Se pregunta, por tanto, por qué “un revolucionario inteligente e íntegro como Andreu Nin actuó de esta manera” (Romero, 2007, p. 84). Ese es el “enigma” para el que no es capaz de encontrar una respuesta satisfactoria. Una primera razón podría ser “proteger la unidad del partido”: siendo cierto que participando incluso la CNT en ese Gobierno y con Nin condicionado por ser líder de un partido del que había desaparecido su principal dirigente, Joaquín Maurín, le habría sido difícil justificar su rechazo; pero no le parece esto suficiente argumento. Acepta, sin embargo, la hipótesis de Rosstorff, según el cual Nin habría aceptado participar pero luego habría protestado contra la disolución de los comités/2.

Una segunda razón habría podido ser la de “evitar el aislamiento”, en particular respecto a la CNT. Miguel analiza, sin embargo, los pros y los contras de este argumento para concluir que en la práctica la política del POUM “fue más bien de ‘acompañamiento’ de la CNT, evitando cualquier conflicto práctico con su dirección sobre cuestiones importantes” (Romero, 2007, p. 87). Al final, tras la experiencia gubernamental, la realidad fue, sin embargo, que el POUM acabó más lejos de la CNT y más aislado.

Una última razón tiene que ver con la forma en que había que abordar la cuestión del poder en ese periodo. Ahí es donde Miguel ve el centro del debate, en si había que considerar el Comité Central de Milicias Antifascistas y el Gobierno de la Generalitat como “equivalentes”, según escribió Nin, o por el contrario antagónicos:

Lo de menos es si esta situación se llama o no “dualidad de poderes”. Lo sustancial es que había dos poderes “incompatibles”, como afirmaba incluso la CNT, no por razones administrativas sino porque respondían a dinámicas de clase y objetivos políticos contradictorios (...). Companys y el PSUC comprendieron bien lo que estaba en juego y, por eso, la primera tarea del “gobierno de unidad antifascista” fue, precisamente, liquidar a los organismos unitarios que habían logrado derrotar al “fascismo” en los primeros días de la guerra (Romero, 2007, p. 89).

De esta experiencia, y de las contradicciones en que se movieron Nin y el POUM, Miguel extraía una enseñanza fundamental:

Un poder político revolucionario tiene que nacer “desde abajo” y cualquiera que sea el sistema institucional que se adopte, el poder efectivo tiene que estar en organizaciones

2/ En mi opinión, y por algunas ocasiones en que el tema de la participación en el gobierno de la Generalitat surgió en nuestras conversaciones con Juan Andrade o Enrique Rodríguez, ambos contrarios a esa presencia, esa sensación de Nin de sentirse en cierto modo en minoría dentro de un partido “maurinista” le llevaba a adaptarse a lo que él consideraba que era la posición de la mayoría, claramente favorable a esa opción, salvo un sector minoritario, como también recuerda Miguel en su artículo. Andrade describía así esa situación en uno de sus escritos: “la ausencia de su jefe, Maurín, había creado entre los antiguos bloquistas un reflejo de defensa preventiva contra los dirigentes del partido procedentes de la ICE, en los que suponían la intención de ‘apoderarse del POUM’ y de ‘imponer el trotskismo’” (Andrade, 1971).

unitarias de base, abiertas a la participación democrática de las personas, corrientes, movimientos sociales y políticos comprometidos en la práctica con la tarea de construir la nueva sociedad (Romero, 2007, p. 89).

Finalmente, creo necesario mencionar también el papel de referente que tuvo para el Moro Juan Andrade, cofundador del PCE y del POUM y director de la revista *Comunismo*, órgano de expresión de la ICE en la primera mitad de los años 30. La lectura de sus escritos y luego, ya en Madrid, su relación directa con él, le permitieron conocer personalmente a alguien que aparecía como puente entre la generación de 1917 y la del 68, de la que nosotros formábamos parte. Por eso, cuando acordamos editar una revista teórica y política a finales de 1977, no dudamos en elegir el nombre de *Comunismo* y pedimos a Andrade un artículo para su primer número^{3/}. Las reflexiones de Andrade sobre algunas de las cuestiones controvertidas que antes hemos señalado, con sus matices pero también sus resquemores ante las críticas procedentes de Trotsky y de los trotskistas, eran siempre tenidas en cuenta con respeto por parte de Miguel. De igual modo lo hacía con María Teresa García Banús, compañera de Andrade y siempre amiga y fiel lectora y crítica de *Combate*, con nuestro inolvidable amigo Enrique Rodríguez Arroyo y su hermano Antonio, militante hasta el final en la LCR, o, ya más tarde, con Wilebaldo Solano, el último Secretario General del POUM.

Por eso, aun conscientes de las dificultades comerciales que podía tener, propusimos ambos la edición, dentro de la colección de libros de *VIENTO SUR* que inauguramos con la editorial La Oveja Roja, de una selección de escritos de Juan Andrade y escribimos para ella una introducción —junto con otra de Pelai Pagès—. Fue Miguel quien insistió en que acabáramos ese texto recordándolo como “un camarada y un compañero ejemplar y cercano, con su cólera y su ternura” (Pastor y Romero, 2011, p. 34).

Jaime Pastor es editor de *VIENTO SUR*.

Bibliografía citada

- Andrade, J. (1971) “Prefacio”. En A. Nin, *Los problemas de la revolución española*. París: Ruedo Ibérico.
- Lochhead, R. (1989) “Las revoluciones burguesas”. *Inprecor*, 73, I-XVI.
- Pagès, P., Pastor, J. y Romero M. (eds.) (2011) *Juan Andrade (1897-1981). Vida y voz de un revolucionario*. Madrid: Los libros de *VIENTO SUR* y La Oveja Roja.
- Pastor, J. y Romero, M. (2011) “Introducción: Memoria y homenaje”. En P. Pagès, J. Pastor y M. Romero (eds.), *op. cit.*

^{3/} Esa carta, titulada “Ante la reaparición de *Comunismo*. Un cordial saludo y un recuerdo”, escrita el 22 de octubre de 1977, aparece reproducida en P. Pagès, J. Pastor y M. Romero, 2011.

- Romero, M. (1989) “La revolución burguesa en España”. *Inprecor*, 73, pp. XVII-XX.
- (2006) *La guerra civil española en Euskadi y Catalunya: contrastes y convergencias*. Madrid-Barcelona: Crítica y Alternativa.
- (2007) “El enigma Nin”. *VIENTO SUR*, 93, 83-90.
- (2009a) “UHP. La lucha por la unidad obrera en la revolución del 34”. *VIENTO SUR*, 105, 69-79.
- (2009b) “Una relectura autocrítica, veinticinco años después”. *VIENTO SUR*, 105, 79-82.
- (2011) “Marx y la Comuna. El tiempo del reloj y el tiempo de las cerezas”. *VIENTO SUR*, 118, 63-84.